

Cultura, economía e industrias culturales. El investigador Octavio Getino analiza el nuevo mapa económico y político formado a partir del cruce productivo de comunicación y cultura. Mientras reivindica el estudio del impacto económico de este fenómeno, reclama prestar atención también a la importancia del sector para la integración nacional y regional, para poder hablar, entonces, de "verdadero desarrollo".

Octavio Getino

Cultura y economía son dos términos que a lo largo de la historia marcharon por separado, como líneas paralelas que, aunque podían mirarse la una a la otra, parecieran estar condenadas a no reunirse nunca. Primero como concepto holístico, referido a las relaciones del hombre con la naturaleza, los dioses y los otros hombres, luego como idea de "alta cultura" o "artes elevadas", la cultura, o mejor dicho, las fuerzas sociales que asumieron en cada momento histórico su liderazgo, se resistió habitualmente a ser medida o cuantificada, como si la racionalidad no pudiera o debiera inmiscuirse en los laberintos de lo intangible o de las cosas que tendrían que ver más con las emociones y el corazón. Esta fue una visión predominante a lo largo de muchos siglos, pese a que pensadores como Pitágoras afirmasen en su momento que todo lo existente sobre la tierra, incluida la música, es decir, el medio más emparentado con las emociones, podía ser estudiado y construido a partir de fórmulas matemáticas.

Convengamos entonces que estamos hablando de un tema nuevo y en nuestro país casi inexplorado. Además, recién en las dos o tres últimas décadas, las nuevas constituciones nacionales aparecidas en los países de América latina, osaron introducir por primera vez, el término "cultura" en su visión más amplia y antropológica. Lo cual, pese a todo, representa un serio avance en este terreno, como lo fueron los primeros estudios que se llevaron a cabo en Estados Unidos y en Europa —a partir de los años 60 y 70 del siglo pasado— sobre la incidencia de algunas actividades artísticas y culturales en la economía y el empleo de diversas ciudades.

Nos referimos a lo que constituye una de las manifestaciones más importantes, entre otras posibles, por ejemplo, las relacionadas con educación, salud. Se trata de lo que convencionalmente denominamos sector cultural, una especie de ecosistema integrado por distintos procesos de producción, apropiación y reproducción de actividades, bienes y servicios en los que prevalecen los valores simbólicos por encima de cualquier otro tipo de valor, por ejemplo, los de uso o de cambio. Ello obliga a delimitar el estudio científico de las dimensiones principales de este sector (simbólicas, económicas, políticas) y también el de los campos en que el mismo se manifiesta, en particular, los referidos a las actividades, los servicios y las industrias culturales. De lo contrario, la cultura, como concepto totalizador, se erigiría en una especie de panacea inalcanzable para la razón y el conocimiento.

Con relación al campo de las industrias culturales, el crecimiento casi explosivo que se verificó a lo largo del siglo XX hizo que, primeramente, los grandes conglomerados y las mayores compañías del sector, realizaran significativas inversiones en el estudio de su potencialidad económica —incorporando no sólo a los economistas, sino a los antropólogos, sociólogos, psicólogos y artistas— con el fin de utilizar sus resultados, manejados siempre a nivel privado, en función de una mayor rentabilidad económica y de una más refinada explotación de los mercados. Con esto, los grupos más poderosos del empresariado local o mundial ampliaron la rentabilidad tradicional obtenida con el tiempo de trabajo de las personas y lo extendieron también sobre el llamado tiempo de ocio —tiempo de *otium*, decían los romanos— que es donde se desenvuelven princi-

palmente las actividades, los servicios y las industrias culturales, haciendo además de ese tiempo, lo que griegos y romanos reconocían como *aschole*, unos, y *neg-otium*, otros.

La dimensión económica de estos campos del sector cultural salta a la vista cada vez más a través de estudios e investigaciones realizadas por organismos intergubernamentales o por expertos de distintas procedencias. Por ejemplo, según el estudio realizado por el investigador español Lluís Bonet, el sector de la cultura y de la comunicación ha comenzado a vivir una transformación casi tan radical como la experimentada con la invención de la imprenta. La aparición de equipamientos multimedia, la digitalización de los formatos así como los grandes logros en las tecnologías de telecomunicaciones, comportan un cambio radical en las formas de producción y consumo. El sector cultura pasa a ser visto como una actividad clave en las estrategias internacionales de dominio de los nuevos mercados de las telecomunicaciones y el ocio; este hecho provoca un proceso acelerado de integraciones empresariales verticales y horizontales, y de globalización de las estrategias de los grandes grupos empresariales del sector. [1]

A su vez, la Oficina para Europa del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), organismo que apenas una década atrás no tenía demasiado acercamiento a los temas de la cultura, sostenía hace sólo tres años que "las industrias culturales tienen una función fundamental en la creación de los imaginarios individuales y de las identidades colectivas y constituyen uno de los vectores principales de expresión y diálogo entre las culturas. Sin embargo, hoy en día, estas empresas cultura-

les de Europa y Latinoamérica ven amenazadas su independencia y la capacidad de reforzar su posición, debido al proceso de concentración y a la imposición de un modelo vehiculado por la mundialización de intercambios. Estas regiones corren el riesgo de ver la cultura sometida a las leyes del mercado, y sus productos convertidos en simples mercancías. Tanto aquí como allí, intelectuales, artistas, cineastas, escritores, músicos y editores, entre otros, se niegan a considerar esta realidad como una fatalidad."

Sea cual fuere el sistema político y económico en el cual se desarrollen las actividades, los servicios y las industrias culturales, ellas ocupan en nuestros días un lugar privilegiado en la economía, el empleo y en las políticas de desarrollo. Para la UNESCO, las cifras del año 2000 en el sector de las industrias culturales indicaban que éste era uno de los de mayor crecimiento a escala mundial, estimándose que su facturación habría alcanzado en dicho período la suma de 831.000 millones de dólares, previéndose, además, que la misma se elevaría en 2005, a 1,3 billones de dólares, lo que supone un crecimiento de 7,2% anual. Si a ello se suma la facturación de las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (NTIC), recursos estratégicos cada vez más incorporados a las industrias culturales, creativas y del entretenimiento, la cifra ascendió en el año 2000 a 2,1 billones de dólares. Facturación a su vez concentrada en las naciones de mayor desarrollo si se tiene en cuenta que, según algunos estudios realizados, un 65% de la población del mundo no ha hecho nunca una sola llamada de teléfono y que existen más líneas telefónicas en Manhattan que en toda el África subsahariana.



Rosario – Cruz Alta, 1995. Un hombre viaja en colectivo a un pueblo del interior. En el trayecto, la lectura de un poema de Eugenio D'Ors acompaña su extrañamiento mientras el paisaje corre al otro lado de la ventanilla. Más tarde, una visita a la casa de Ezequiel Martínez Estrada y la visión de un "tapial erizado con vidrios de botella" cargarán de incertidumbres su libreta de escritor.

Pablo Makovsky

El 16 de agosto de 1992 invertí 18 pesos en la compra de *Introducción a la vida angélica*, de Eugenio D'Ors, en la ya desaparecida librería Trieste, en la galería del bar Remember. Tres años después, un viernes de principios de agosto de 1995, repasé páginas de ese libro al volver de Cruz Alta, donde daba clases de cine en el colegio secundario Santa Juana de Arco.

"Los Angeles del Señor —citaba D'Ors—, / Que Jacob vido en escala, / No bajan en un volar / Magüer que posean alas. / No bajan volando, no. / Peldaño a peldaño bajan".

Cada cual construye su ángel, recuerdo que predicaba D'Ors en su libro, y también usaba el término "personalidad" y "diálogo" para referirse a esa compañía extramundana que podía caer y arrastrarnos o ser nuestra guarda. Pero yo había vuelto sobre esas páginas no debido a los vaivenes de mi trato intelectual con el Absoluto, sino al encuentro que había tenido la plomiza mañana del viernes 4 de agosto de 1995 en el ómnibus que me llevaba a Cruz

Alta. A ese encuentro suelo atribuir la concepción de mi primera hija. Al viaje a Cruz Alta, en el límite entre Santa Fe y Córdoba, atribuyo también un descubrimiento pequeño acerca de la vida y la obra literaria; un hallazgo acaso trivial con el que me digo cosas que ya entenderé y son tal vez el motivo último de estas líneas.

Asiento 33

Aquella mañana de agosto de 1995, con el cielo resplandeciente y gris y el aire enrarecido por la lluvia de la noche, subí al ómnibus a eso de las 7 y 10. El asiento 33, el de la ventanilla, estaba ocupado por una mujer joven, de la que no vi sino su hijo, una criatura acurrucada en sus brazos que parecía todo lo que esa mujer tenía para mostrar o, mejor, parecía ser todo lo que hasta ese momento estaba dispuesto a ver.

El viaje de media distancia, frecuente, de rutina, como el que hacía entonces a Cruz Alta o San Nicolás, funcionaba de alguna

manera como una suspensión. Algo quedaba para mí en suspenso entonces, algo que era mío a condición de perderlo: lo que era trasatabillaba, se debilitaba como el paisaje que transcurría frente a la ventanilla. No significa que no sabía quién era, sino que, precisamente, era como hundir el dedo en eso con lo que subía al ómnibus y notar su espesor más blando, o su falta de espesor. De repente, leyendo un libro, escuchando música —por lo general extranjera, por lo general country, que es la dimensión angélica de la música popular—, mi ángel, ese diálogo con el que me había hecho en tierra firme a mí mismo, se convertía en fantasma y lo que yo era saltaba de una morada a otra del camino que seguía el ómnibus y lo que me volvía, en la forzosa soledad de la butaca, era la melancolía de esas vidas que se deshilachaban en la ventanilla antes de ser vividas. Eso: el viaje era el lugar, el momento en el que me encontraba con mi extranjería como quien se encuentra con la novia o la niñera de la infancia.

Así que esa mañana, a contramano de mis

hábitos, decidí sentarme al lado de la mujer con su crío. El gurisito me recibió con un estiramiento de sus piernas, cosa que recibí como una patada, y otra. Y, de inmediato, la excusa de la madre. Y, lo más extraño, mi respuesta: que no, no me molestaba en absoluto. Y más raro aún: no me molestaba en absoluto que el bebé improvisara una caminata lunar sobre mis pantalones de corderoy color caquí que había pagado en Rholand siete u ocho veces más caros que el libro de D'Ors. Antes de salir de Rosario, mientras el cielo de acero echaba un brillo pálido sobre el rancharo de avenida Godoy, habíamos entablado una conversación con la madre. Tenía la edad de algunas de mis alumnas en Cruz Alta: diecisiete años. Había tenido a su hijo en Buenos Aires hacía un año, a los dieciséis. "No recuerdo cómo era mi vida antes de que él naciera", recuerdo que dijo. Y recuerdo que bien cómo me trató cuando argüí que no, que los niños no eran para mí, que pese a pisar los diez años de noviazgo eso de tener hijos... bueno. Y ella, cuyo nombre no anoté, hizo un gesto con la mano, terminó de